

Los Manuscritos del Mar Muerto

F.F. Bruce, M.A.

Profesor de Historia y Literatura Bíblica
en la Universidad de Sheffield

Apéndice de
Florentino García Martínez
Qumrán en el siglo XXI

Traducción de
Francisco García Lorenzana



editorial clie

A mis alumnos en la Universidad de Sheffield, que me han enseñado casi tanto como yo a ellos.

EDITORIAL CLIE

C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



Publicado originalmente en inglés bajo el título
Second thoughts on the Dead Sea Scrolls by
© 1956 Paternoster Press, una división de Authentic
Media Limited

*«Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus
titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a
CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».*

© 2011 Editorial CLIE, para esta versión en español

Frederick Fyvie Bruce
LOS MANUSCRITOS DEL MAR MUERTO. Qumrá en el siglo XXI

ISBN: 978-84-8267-491-9

Clasifíquese: 2080 - Estudios en el Nuevo Testamento

CTC: 01-30-2080-11

Referencia: 224747

Índice

Prefacio -----	7
Prólogo -----	9
I. Los primeros descubrimientos -----	13
II. Descubrimientos posteriores -----	26
III. Fechando los hallazgos -----	35
IV. Khirbet Qumran -----	48
V. Wadi Murabba'at y Khirbet Mird -----	57
VI. Los manuscritos y el Antiguo Testamento -----	63
VII. Interpretación bíblica y esperanza mesiánica -----	77
VIII. El Maestro de Justicia y sus enemigos -----	95
IX. La comunidad de Qumrán -----	112
X. Qumrán y los esenios -----	127
XI. Qumrán y el cristianismo -----	140
Apéndice: Qumrán en el siglo XXI -----	161
Bibliografía -----	181

Prefacio

Hace algunos años escribí un librito titulado *The Dawn of Christianity* [*El nacimiento del cristianismo*], publicado en Gran Bretaña como un volumen individual en la colección «The Second Thoughts Library» y en los Estados Unidos como primera parte de *The Spreading Flame*.^{*} En él no puedo encontrar ninguna referencia a los rollos del mar Muerto. En el momento de escribir ese libro, las noticias sobre los rollos se estaban difundiendo con lentitud, pero en esa época no parecía probable que los nuevos datos fueran a contribuir de forma esencial al estudio de los orígenes del cristianismo. En la actualidad la situación es bastante diferente. Para muchos, los nuevos descubrimientos han provocado una revolución en nuestra comprensión de los orígenes del cristianismo. Aquellos que han parecido reticentes a admitir dicha revolución han sido reprendidos por su conservadurismo inapropiado, que se ha atribuido a inhibiciones religiosas. «Resulta difícil», afirma un autor, «para el académico clerical enfrentarse a ciertas implicaciones de los contenidos de los manuscritos del mar Muerto.» Tenemos que asumir que él mismo está dispuesto a seguir la verdad allí donde se encuentre. Pero también podemos estar seguros de que eso mismo pretende el «académico clerical» al que critica.

Otros deberán juzgar si las páginas que siguen son obra de un académico. Pero no se puede argumentar en su contra que sean obra de un clérigo. Un profesor laico en una universidad secular quizás esté libre de esas inhibiciones que se supone que encorsetan a sus colegas ordenados, pero nunca se sabe. Sin embargo, resulta adecuado decirlo desde el principio. Si escribiese ahora *The Dawn of Christianity*, en lugar de haberlo hecho hace siete años, sin duda sería un libro mucho mejor (porque se beneficiaría de la experiencia y, esperemos, la sabiduría acumulada de esos siete años), y con toda seguridad contendría numerosas referencias a los rollos

^{*} *El fuego que se propaga*. Editorial Mundo Bíblico, 2008. (N. del T.)

del mar Muerto. Pero la revisión provocada por los rollos sólo afectaría a elementos no esenciales de la historia. Los puntos de vista principales serían defendidos con mayor confianza y vigor precisamente a causa de estos nuevos descubrimientos.

En consecuencia, el título de este libro no es *Revisión del nacimiento del cristianismo* sino *Los manuscritos del mar muerto*. Porque a medida que se dispone de más información sobre estos documentos, se tienen que revisar las estimaciones iniciales sobre su significado. Además, la palabra «revisión» debe interpretarse en un sentido amplio. Algunas de las ideas que se expresan aquí son probablemente interpretaciones a partir de terceras, cuartas o quintas revisiones. Pero con toda seguridad no serán las últimas.*

Con todo, el esbozo de la situación de la que surgen estos documentos está cada vez más claro; y al menos que se incorpore de repente en el cuadro un factor en este momento inimaginable, parece probable que las aportaciones de información, que se siguen publicando, modificarán una serie de puntos aquí y allí, pero en general ayudarán a rellenar el esquema y a aclararlo más que provocar la necesidad de una reinterpretación radical.

He intentado realizar una distinción clara entre las nuevas evidencias y las inferencias que creo que se deben deducir a partir de ellas. Espero haber tenido éxito en la tarea. Le debo mi más profundo agradecimiento al señor David J. Ellis, del King's College de Londres, que ha proporcionado el frontispicio y la ilustración de la sobrecubierta, (en la edición original) al señor David F. Payne, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, por la descripción de Masada citada en la página 52 y siguientes, y a mi esposa, por su ayuda en todas las etapas de esta obra.

Septiembre de 1956

F.F. Bruce

* En este párrafo el autor juega con el título de la colección "Second Thoughts" en la que apareció originalmente el libro. Como esto no tiene sentido para el lector español, se han eliminado las referencias a la colección original.

Prólogo

Cuando el rey persa Ciro acabó con el Imperio babilónico en el año 539 a.C., autorizó a un grupo de judíos exiliados a regresar a su hogar en Judea, desde donde habían sido deportados por Nabucodonosor dos generaciones antes, y a reconstruir su templo en Jerusalén. Al cabo de algunos años el templo fue reconstruido y los servicios religiosos estuvieron de nuevo en manos de los miembros de las antiguas familias sacerdotales, a cuya cabeza se encontraba Jesúa, vástago de la casa de Zadok, que había ocupado el cargo del sumo sacerdocio en el antiguo templo desde su consagración por el rey Salomón hacia 960 a.C. hasta su destrucción por los babilonios en 587 a.C. Pero, mientras la antigua familia sacerdotal fue restaurada en su oficio sagrado, la casa real de David, que también regresó del exilio, no fue restaurada en la realeza.

La nueva comunidad judía se organizó como un templo-estado, integrado por Jerusalén y unos pocos kilómetros a los alrededores. A la cabeza del estado se encontraba el sumo sacerdote, que controlaba los asuntos internos judíos; los intereses más amplios del Imperio persa eran responsabilidad del gobernador civil de Judea, que era nombrado por la corona. Cuando, después de doscientos años, el Imperio persa también llegó a su fin a manos de Alejandro Magno, no se produjeron cambios sustanciales en la constitución judía. Por encima de ellos tenían un gobernador macedonio en lugar de uno nombrado por el rey persa; tenían que pagar impuestos a la corte macedonia en vez de a la corte persa; estuvieron expuestos a la poderosa influencia de la cultura helenística. Sin embargo, los sumos sacerdotes de la casa de Zadok siguieron como antes a la cabeza del templo-estado judío. Así mismo continuó la situación bajo los ptolomeos, que heredaron el imperio de Alejandro en Egipto, y retuvieron Palestina bajo su control hasta 198 a.C. Cuando en ese año perdieron Palestina a manos de la dinastía rival de los seleúcidas, que habían

ocupado la herencia de Alejandro en la mayor parte de Asia, la transición fue suave en lo que respecta a Judea. Naturalmente, la actitud creciente a seguir las tendencias occidentales había provocado una grave preocupación en los judíos más conservadores, pero no tenían ninguna queja contra el gobierno gentil, que garantizaba la constitución del templo y concedía la mayor libertad para la práctica de la religión judía.

Por una variada serie de razones se produjo un cambio con la ascensión de Antioco IV (Epífanés) al trono seleúcida en 175 a.C. Ya a principios de su reinado interfirió en la sucesión zadokita al sumo sacerdocio; más tarde intentó prohibir toda la religión judía. Esto condujo a un levantamiento nacional y religiosa, que consiguió al final la total independencia política de Judea. Los líderes de la sublevación, la familia sacerdotal de los asmodeos, se convirtió en la dinastía reinante del estado independiente, y asumió el sumo sacerdocio además de la dirección civil y el poder militar. De 142 a 63 a.C., los judíos conservaron su duramente ganada independencia bajo los asmodeos, pero en ese último año cayeron bajo el poder de los romanos, que reorganizaron todo el territorio al oeste del Éufrates como parte de su imperio. Pero los romanos dejaron un sumo sacerdote asmodeo a cargo de los asuntos internos de Judea durante más de veinte años. Sin embargo, en 40 a.C., la situación política en Asia occidental les obligó a nombrar a Herodes como rey de los judíos, y Herodes gobernó Palestina desde 37 a 4 a.C. siguiendo los intereses de Roma. Su hijo Arquelao, que lo sucedió en Judea, fue depuesto por el emperador romano en 6 d.C., y durante los siguientes sesenta años Judea fue gobernada por procuradores nombrados por el emperador, excepto durante tres años (41-44 d.C.), en los que un nieto de Herodes, Agripa I, reinó en Judea como rey. Desde el inicio del reinado de Herodes, los sumos sacerdotes, que desde entonces fueron nombrados por Herodes y sus descendientes o por los gobernadores romanos, tuvieron cada vez menos importancia, aunque en virtud de su cargo seguían presidiendo el Sanedrín, la corte suprema de la nación judía.

El desgobierno de los procuradores romanos, combinado con una intolerancia creciente contra el control gentil por parte de

los nacionalistas judíos, condujo a la revuelta judía del año 66 d.C. y a la destrucción de la ciudad y del templo de Jerusalén por las fuerzas romanas en 70 d.C. Con la desaparición del templo, también llegaron a su fin los últimos vestigios de la constitución del templo y el sumo sacerdocio. Judea fue puesta bajo un control militar mucho más firme que con anterioridad. Pero en el año 132 d.C. estalló una nueva revuelta y fue proclamada la independencia de Judea por parte de un pretendiente mesiánico, conocido bajo el nombre de Bar-Kojba. Tras tres años de guerra de guerrillas el levantamiento fue aplastado. Jerusalén fue reconstruida por los romanos como una ciudad totalmente gentil, y se abrió un nuevo capítulo en la historia de Tierra Santa.

Este esbozo de las vicisitudes políticas de Israel bajo persas, griegos y romanos tiene como objetivo proporcionar un marco en el que nos podamos orientar con mayor facilidad cuando consideremos la situación en la que se redactaron los rollos del mar Muerto.

Capítulo I

LOS PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS

¿Qué son los rollos del mar Muerto?

Son manuscritos que han ido saliendo poco a poco a la luz desde la primavera de 1947 en una serie de zonas ubicadas al noroeste del mar Muerto. Pero mientras concentramos nuestra atención en estos descubrimientos recientes —que son excitantes e importantes— vale la pena recordar que otros hallazgos de naturaleza similar han tenido lugar en la misma región en épocas muy anteriores. Tendremos ocasión de decir algo sobre estos primeros descubrimientos un poco más adelante,¹ pero los hallazgos contemporáneos se iniciaron por accidente cuando un pastor de cabras de la tribu beduina de Ta'amireh, llamado Muhammad adh-Dhib («Muhammad el Lobo») estaba apacentando un rebaño de cabras cerca del mar Muerto y en una cueva cerca de Wadi Qumran descubrió un almacén largo tiempo olvidado de documentos hebreos y arameos. Los relatos de esta aventura difieren en los detalles, pero lo que sigue es la descripción que realizó en *The Times* del 9 de agosto de 1949 el señor G. Lankester Harding, director de Antigüedades en el reino hachemita de Jordania:

Una de las cabras se extravió mientras buscaba mejores pastos, y el pastor subió en su búsqueda por la empinada y rocosa ladera de la montaña, tropezando por casualidad con una pequeña apertura circular en la pared de roca. Con comprensible curiosidad miró con precaución hacia el interior, pero sólo pudo vislumbrar una caverna larga y

¹ Véase página 123 y siguientes.

oscura; por eso cogió una piedra y la lanzó al interior y oyó como algo crujía y se rompía. Nervioso y asustado ante la inesperada consecuencia de sus esfuerzos, se fue y regresó más tarde con un amigo. Cada uno animado por la presencia del otro, se deslizaron por la pequeña apertura hacia el interior de la caverna, y bajo la débil luz pudieron distinguir algunas grandes tinajas puestas de pie, una de ellas rotas por la piedra que habían lanzado hacía poco. A su alrededor se encontraban los fragmentos de otras tinajas, pero rápidamente procedieron a examinar el contenido de los recipientes intactos.

Sin embargo, en lugar del esperado tesoro de oro, sacaron a la luz una serie de rollos de cuero cubiertos con una escritura desconocida para ellos, pero no eran conscientes de que se trataba de un tesoro mucho más importante que si hubiera sido de oro.

Muhammad y uno o dos de sus amigos se llevaron los rollos a Belén y allí los intentaron vender. Después de unos pocos meses, algunos de los rollos fueron adquiridos por el monasterio ortodoxo sirio de San Marcos, en la Ciudad Vieja de Jerusalén; otros fueron a parar a la Universidad Hebrea. Se dice que los manuscritos llegaron primero a los sirios porque un jeque musulmán de Belén, al que se los mostraron, vio a primera vista que la escritura no era árabe y pensó que se trataba de un texto siríaco. El arzobispo sirio de Jerusalén, Athanasius Yeshue Samuel, reconoció que la escritura era hebrea, pero ni él ni sus colegas fueron capaces de determinar la naturaleza y el significado de los documentos. Por eso, el arzobispo consultó a numerosos expertos en Jerusalén que podrían aconsejarle. A finales de julio de 1947, unas pocas semanas después de que su monasterio hubiese comprado los manuscritos, consultó con un miembro de la *École Biblique*, una espléndida institución de estudios bíblicos y arqueológicos de Jerusalén, gestionada por dominicos franceses. En ese época un eminente académico holandés, el profesor J. van der Ploeg, de la Universidad de Nimega, estaba impartiendo una serie de conferencias en la *École Biblique* y le invitaron a que estudiase

los manuscritos en el monasterio sirio. Identificó uno de ellos como una copia del Libro de Isaías en hebreo, de una fecha sorprendentemente temprana, pero cuando informó de lo que había visto a sus amigos en la *École Biblique*, uno de los estudiosos de mayor autoridad en este campo del saber le informó que era absurdo suponer que pudieran existir manuscritos hebreos de semejante antigüedad, y que los rollos que había visto debían ser una falsificación. En consecuencia, el profesor van der Ploeg no pensó más en el tema. (Poco después, los estudiosos de la *École Biblique* encontraron razones para cambiar de opinión y ninguna otra institución se ha dedicado con mayor nobleza a la adquisición y el estudio de los manuscritos del mar Muerto. Pero en ese momento su escepticismo era natural y razonable.)

Entonces los sirios se dirigieron a miembros de la comunidad judía en Jerusalén; después de todo, se podía esperar que los judíos tuvieran un interés especial en documentos hebreos antiguos. Dos bibliotecarios de la Universidad Hebrea visitaron el monasterio, pero no se creyeron capaces de formarse una opinión de lo que estaban viendo, y sugirieron que se le diera la oportunidad de examinar los rollos a un experto en paleografía de la Universidad.

Hacia finales de noviembre, el profesor Eleazar L. Sukenik, de la cátedra de arqueología palestina de la Universidad Hebrea, que había regresado hacia poco de los Estados Unidos, compró para la Universidad la mayor parte de lo que quedaba de los manuscritos que se habían retirado originalmente de la cueva, junto con dos tinajas en las que se decía que se habían encontrado algunos de los manuscritos. En esta época, no sabía nada de los manuscritos similares que había adquirido el monasterio sirio y cuando al final supo de ellos, le fue prácticamente imposible verlos. Estos eran los meses finales del protectorado británico en Palestina, cuando la tensión entre judíos y árabes crecía con rapidez, y no había posibilidad de ir y venir entre las zonas judía y árabe de Jerusalén y las áreas vecinas. Mientras tanto, Sukenik estaba examinando los documentos que había adquirido. Creía que debían proceder de alguna antigua *geniza*: un almacén en el que los judíos

depositaban los escritos sagrados que estaban demasiado deteriorados para su uso cotidiano, hasta que pudieran ser eliminados de forma reverente. Y mientras más los examinaba, más aumentaba su excitación. Dos días después de su primera compra, escribió en su diario: «He leído un poco más de los “pergaminos”. Temo que estoy yendo demasiado lejos al reflexionar sobre ellos. Pudiera ser que este fuera una de los descubrimientos más grandes realizados nunca en Palestina, un hallazgo que nunca hubiéramos podido esperar.» Poco antes de Navidades pudo comprar otra pieza de manuscrito, en muy malas condiciones. El presidente de la Universidad Hebrea, Dr. Judah L. Magnes, se preocupó con rapidez de que hubiera fondos disponibles para la compra de los rollos, y otro colega, el profesor J. Biberkraut, emprendió la delicada tarea de desenrollarlos, a pesar de su estado quebradizo, podrido y frágil.

Al final, hacia finales de enero de 1948, se convocó una reunión entre Sukenik y un miembro de la comunidad siria en el edificio de la Y.M.C.A.* en Jerusalén, que estaba situado en una de las zonas de seguridad establecidas por el gobierno del protectorado. Mostraron a Sukenik algunos de los rollos del monasterio y le autorizaron a que los conservase durante unos pocos días. De uno de ellos, un manuscrito del Libro de Isaías, copió numerosos capítulos por interés personal. El 6 de febrero devolvió los rollos y se dispuso la celebración de otra reunión en la que se esperaba la presencia del arzobispo sirio y del presidente de la Universidad, para acordar la compra de los rollos por parte de la universidad. Pero esta reunión nunca tuvo lugar.

El protectorado británico en Palestina llegó a su fin el 15 de mayo de 1948 y en los conflictos que le siguieron Jerusalén fue dividida en dos zonas: la judía y la árabe. El monasterio sirio se encontraba en la zona árabe, y en cuanto estalló la lucha armada se interrumpió la comunicación entre esta zona y la judía. Cuando, algunos meses más tarde, se reunió la Asamblea

* Young Men Christian Association [Asociación de Jóvenes Hombres Cristianos]. (*N. del T.*)

Constituyente del Estado de Israel, cada uno de sus miembros se encontró sobre la mesa una copia de Isaías 40 tal como lo había transcrito Sukenik del rollo sirio, junto con un resumen de los rollos y notas sobre el texto, comparándolo con la versión tradicional. Desde luego no se hubieran podido encontrar palabras más adecuada para la ocasión que el mensaje de consuelo del profeta: «Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios.»

Pero nos estamos adelantando a los acontecimientos. La tarde del miércoles 18 de febrero de 1948, el señor John C. Trever, director en funciones de la American School of Oriental Research en Jerusalén, recibió una llamada telefónica relacionada con unos antiguos manuscritos hebreos. Algo escéptico, descubrió que al otro lado del hilo se encontraba un sacerdote del monasterio sirio, el padre Burros Sowmy. El padre Sowmy le dijo que «mientras trabajaba en la biblioteca del convento, catalogando libros, había descubierto cinco rollos en hebreo antiguo sobre los que no había ninguna información en el catálogo.» Recordando un agradable contacto anterior con miembros de la American School, pensó que quizá podrían ayudarle con este tema.

Según acordaron, al viernes siguiente el padre Sowmy y su hermano, un sirviente civil, llamaron a la puerta de la American School con una cartera que contenía cinco rollos (o partes de rollos) envueltos en papel de diario, y un fragmento más pequeño de un manuscrito. Como no había cámaras disponibles en ese momento, el señor Trever copió a mano algunas líneas del rollo más largo. Mientras lo estaba haciendo, los visitantes le dijeron que los documentos no procedían realmente de la biblioteca del monasterio, sino de una cueva cercana al extremo septentrional del mar Muerto, donde los había encontrado un beduino.

El señor Trever llegó rápidamente a la conclusión de que la escritura hebrea de los rollos era más arcaica que cualquier otra que hubiera visto con anterioridad. Cuando se fueron sus visitantes, examinó las palabras que había transcrito y no tardó mucho en reconocer una parte del texto hebreo del Libro de Isaías. Al día siguiente visitó el monasterio (tras obtener con

alguna dificultad permiso para acceder a la Ciudad Vieja de Jerusalén a través de la Puerta de Jaffa) y persuadió al arzobispo Samuel para que permitiera que se fotografiasen los rollos en la American School. Con ese propósito fueron llevados a las escuela el 21 de febrero y se inició inmediatamente el proceso de fotografiado. Sin embargo, uno de los rollos estaba tan deteriorado y resultó tan difícil de desplegar que se decidió esperar hasta que lo pudieran llevar a algún lugar en el que se pudiera desenrollar sin causarle más daños. Por la parte de la escritura que era visible, parecía que este rollo no estaba escrito en hebreo sino en su lengua hermana: el arameo.

En cuanto fue posible se revelaron las placas y algunas fotos del rollo de Isaías fueron enviadas por correo aéreo al profesor W.F. Albright de la Johns Hopkins University de Baltimore, posiblemente la figura más eminente entre los arqueólogos bíblicos del momento. El profesor Albright contestó a vuelta de correo, también aéreo, con una carta en la que decía:

¡Mis más cordiales felicitaciones por el mayor descubrimiento de un manuscrito en los tiempos modernos! No tengo la menor duda de que la escritura es más arcaica que la del Papiro Nash... Considero acertada una fecha alrededor de 100 a.C..... ¡Qué hallazgo más increíble! Y afortunadamente no puede existir ni la más mínima duda en todo el mundo sobre la autenticidad del manuscrito.

La excitación del profesor Albright quedará rápidamente explicada cuando recordemos que en esa época no se conocía que hubiera sobrevivido ningún manuscrito bíblico en hebreo de fecha anterior al siglo IX d.C. Por eso, si estaba en lo cierto al datar este manuscrito de Isaías alrededor del año 100 a.C., significaba que el intervalo que separaba la época en la que se escribieron originalmente los libros del Antiguo Testamento y la época de las copias hebreas más antiguas quedaba de repente reducido en cerca de mil años. El Papiro Nash, que menciona en su carta, es un fragmento hebreo de la biblioteca de la universidad de Cambridge que contiene los Diez Mandamientos,

seguidos de las siguientes palabras: «Los estatutos y los mandamientos que Moisés enseñó a [los hijos de Israel] en el desierto cuando salieron de la tierra de Egipto: “Oye, oh Israel, el Señor nuestro Dios, uno es, y amarás [al Señor] tu Dios con todo tu corazón...”» Este papiro ha sido datado entre el siglo I a.C. y el siglo II d.C. (el propio profesor Albright prefiere la fecha más temprana); pero en cualquier caso, si el manuscrito recién descubierto era más antiguo que el Papiro Nash, las implicaciones del hallazgo resultaban revolucionarias. Aunque la confianza del profesor Albright en que la autenticidad del manuscrito estaba más allá de cualquier duda se vería finalmente confirmada, nos podemos preguntar cómo podía estar tan seguro en una fase tan temprana de los acontecimientos, cuando sólo disponía de fotografías para su análisis.

El último día de febrero, el director de la American School, el Dr. Millar Burrows, regresó desde Irak, donde había estado durante dos semanas. Su atención se vio cautivada de inmediato por los nuevos descubrimientos, y utilizó uno de los documentos como tema para lo que restaba de un curso de epigrafía que impartía en la escuela. Le comunicó al arzobispo Samuel su opinión sobre la antigüedad de los rollos, afirmando que el rollo de Isaías era, en su opinión, el manuscrito más antiguo conocido de cualquier libro de la Biblia. El arzobispo estaba profundamente impresionado por esta información; la profundidad de esta impresión se puede juzgar por el hecho que en menos de una semana había enviado los rollos a un lugar seguro fuera de Palestina. La exportación de antigüedades desde Palestina sin el permiso del Departamento de Antigüedades era ilegal, aunque la desaparición inminente de una autoridad central efectiva en el territorio pueda servir de atenuante.

A principios de 1949, el arzobispo Samuel llegó a los Estados Unidos con sus preciosos documentos. Los entregó durante un período de tres años a las American Schools of Oriental Research, que emprendieron la publicación de su contenido. En este punto habría que explicar que las American Schools of Oriental Research son dos —una en Jerusalén y otra en

Bagdad— y que el cuartel general en los Estados Unidos se encuentra en New Haven, estado de Connecticut.* El mandato del Dr. Burrows como director de la Escuela de Jerusalén llegó a su fin en la primavera de 1948 y ahora ya estaba de regreso en la universidad de Yale, donde ocupaba la cátedra Winkley de Teología Bíblica. Él y sus colegas, los doctores Trever y W.H. Brownlee, emprendieron la tarea de preparar los rollos para su publicación. Los rollos adquiridos inicialmente por el monasterio sirio eran cinco, pero pronto quedó claro que en realidad sólo eran cuatro, puesto que dos de ellos resultaron ser las dos mitades de un rollo original (el rollo que se conoce comúnmente como el *Manual de Disciplina*, pero que con mayor precisión se llama la *Regla de la Comunidad*).

Tres de los rollos fueron publicados en facsímil y transcritos con admirable rapidez.² El cuarto, sin embargo, que no pudo ser desenrollado para fotografiarlo en Jerusalén, seguía resistiéndose a su despliegue. Sin embargo, se había avanzado mucho en los preparativos para tratar el material de forma que fuera posible desenrollarlo sin provocarle daños irreparables, cuando expiró el tiempo acordado de cesión de los rollos por parte del arzobispo a las American Schools. A pesar de las peticiones para que les permitieran conservar el cuarto rollo durante algo más de tiempo, Samuel insistió en recuperar los cuatro. *The Dead Sea Scrolls of St. Mark's Monastery* [Los rollos del mar Muerto del monasterio de san Marcos], editados por Millar Burrows. Volumen I: *The Isaiah Manuscript and the Habakkuk commentary* [El manuscrito de Isaías y el comentario de Habacuc] (1950). Volumen II, Fascículo 2: *Plates and*

* En la actualidad la organización de esta institución académica ha variado sustancialmente y se puede encontrar más información en su página web: www.asor.org. (N. del T.)

² *The Dead Sea Scrolls of St. Mark's Monastery* [Los rollos del mar Muerto del monasterio de san Marcos], editados por Millar Burrows. Volumen I: *The Isaiah Manuscript and the Habakkuk commentary* [El manuscrito de Isaías y el comentario de Habacuc] (1950). Volumen II, Fascículo 2: *Plates and Transcription of the Manual of Discipline* [Fotos y transcripción del Manual de Disciplina] (1951).

Transcription of the Manual of Discipline [Fotos y transcripción del Manual de Disciplina] (1951).

Ahora que el mundo académico tenía suficiente información sobre la naturaleza de los rollos, se esperaba que alguna institución estuviera dispuesta a comprarlos. Pero —sin duda en parte por las incertidumbres alrededor de su propiedad legal— universidades y bibliotecas eran reticentes a realizar una oferta por ellos. Su venta también fue anunciada en las columnas de anuncios por palabras del *Wall Street Journal* en junio de 1954. Al final, el 13 de febrero de 1955 se anunció que habían sido comprados por el Estado de Israel por un importe de doscientos cincuenta mil dólares. El dinero sería empleado en labores religiosas y educativas en conexión con la Iglesia ortodoxa siria.

Así, cerca de ocho años después de su descubrimiento, las dos partidas de rollos volvían a estar reunidas bajo el mismo propietario. El primer ministro de Israel anunció que se construiría un museo especial para albergar los manuscritos recién adquiridos, junto con los comprados con anterioridad por la Universidad Hebrea, y que sería conocido como el Santuario del Libro.³

¿Qué eran esos manuscritos?

Empecemos por los que fueron adquiridos por el monasterio sirio. Uno de ellos, como ya se ha dicho más arriba, era una copia del Libro de Isaías en hebreo. Otro era una copia de los dos primeros capítulos del Libro de Habacuc en hebreo, acompañado de algo parecido a un comentario versículo a versículo, también en hebreo. El tercero —el que estaba dividido en dos— resultó ser el texto de un código de normas o «manual de disciplina» de una comunidad religiosa judía. Nosotros lo llamaremos la *Regla de la comunidad*. El cuarto se vio desde el primer momento que estaba escrito en arameo y no en hebreo

³ Un excelente resumen del descubrimiento y de la compra de los rollos aparece en los dos primeros capítulos de la obra del Sr. Alegro, *The Dead Sea Scrolls [Los rollos del mar Muerto]*.

como los otros tres. No fue desarrollado hasta después de su compra por el Estado de Israel. Poco después de que los rollos fueran llevados a los Estados Unidos por el arzobispo Samuel, el Dr. John Trever sugirió que probablemente se trataba de una copia del Libro de Lamec, una obra apócrifa mencionada en uno o dos repertorios antiguos. La razón para que creyese esto era que un fragmento visible del rollo contenía una frase en la que Lamec, padre de Noé, habla en primera persona y menciona a su esposa Bit'enosh.⁴ Pero cuando apareció la noticia del despliegue y el desciframiento de este cuarto rollo en febrero de 1956, se anunció que no se trataba del Libro de Lamec, sino de una paráfrasis extendida en arameo de los capítulos 5 a 15 del Libro de Génesis, en la que no sólo Lamec, sino otras figuras principales de la narración del Génesis (por ejemplo, Abraham) explicaban su parte de la historia en primera persona.

Los rollos comprados por el profesor Sukenik en noviembre y diciembre de 1947 resultaron ser tres,⁵ aunque uno de ellos estaba dividido en cuatro piezas. Este último se trataba de una colección de himnos de acción de gracias, la mayoría de los cuales comienzan con las palabras: «Te doy gracias, oh Señor, por...» Otro de ellos era una obra de lo más interesante que Sukenik tituló *La guerra de los Hijos de la Luz con los Hijos de las Tinieblas*. (Nos referiremos a ella por su verdadero título, mucho más corto, *Rollo de la Guerra*.) Le gustaba explicar como, mientras estudiaba minuciosamente esta descripción del antiguo arte de la guerra en los oscuros días de 1948, cuando los proyectiles volaban sobre Jerusalén, tenía a veces dificultades para distinguir entre la realidad contemporánea y la remota situación descrita en el rollo que estaba estudiando. El tercer rollo que había adquirido era otra copia de Isaías, en la que el texto a partir del capítulo 41 estaba razonablemente

⁴ Bit'enosh también aparece como el nombre de la esposa de Lamec en *El Libro de los Jubileos*, otra paráfrasis expandida de Génesis, compuesto en el siglo II a.C. Véase p. 99.

⁵ Su edición de los mismos fue publicada póstumamente en Jerusalén: *The Dead Sea Scrolls of the Hebrew University [Los rollos del mar Muerto de la Universidad Hebrea]* (1955).

completo, mientras que el texto de los capítulos anteriores sólo había sobrevivido en una docena de fragmentos. Los tres documentos estaban en hebreo.

Más adelante diremos muchas más cosas sobre los tres. Pero ya hemos visto la importancia que se les dio prácticamente desde el mismo instante en que fue anunciado su descubrimiento. Si la datación que les fue fijada por hombres como los profesores Albright, Burrows y Sukenik se podía considerar correcta, significaba que habían salido a la luz unos manuscritos de las Escrituras hebreas que eran al menos mil años más antiguos que los conocidos hasta el momento. Naturalmente, semejante pretensión de antigüedad fue recibida con considerable escepticismo. La posibilidad de un descubrimiento de este tipo había sido totalmente descartada. La mayor parte de los estudiosos de los textos del Antiguo Testamento se habían resignado definitivamente a aceptar el intervalo de un milenio que separaba la fecha de las copias más antiguas que habían sobrevivido de las Escrituras hebreas, de la fecha en que fueron redactadas originalmente las últimas partes de las mismas Escrituras. (Y las partes más antiguas de las Escrituras hebreas habían sido redactadas en su origen aún un milenio antes.) Nada menos que una autoridad como Sir Frederic Kenyon había escrito en *Our Bible and the Ancient Manuscripts* [*Nuestra Biblia y los manuscritos antiguos*]: «De hecho no existe ninguna probabilidad de que encontremos nunca manuscritos del texto hebreo que se remonten a un período anterior a la formación del texto que conocemos como masorético»;⁶ y en la última edición del libro, publicada en

⁶ Se trata del texto producido por los masoretas, editores del texto hebreo en las escuelas de Palestina y Babilonia en los siglos VIII y IX d.C., que recogieron la pronunciación, la puntuación y la interpretación tradicionales de los escritos del Antiguo Testamento. Sin embargo, nosotros tenemos evidencias de otra fuente para el texto del Antiguo Testamento en el período pre-masorético; por ejemplo, manuscritos de la Septuaginta (la traducción pre-cristiana al griego del Antiguo Testamento) que han sobrevivido y que preceden en seis siglos o más a las primeras copias completas del texto masorético. He presentado un resumen de este tema en *The Books and the*

1939, se mantuvo esta afirmación (p. 48) porque representaba el consenso de la opinión académica tanto como cuando apareció la primera edición en 1895. Sin embargo, menos de diez años después de la publicación de la última edición, la situación había cambiado por completo; y el mismo Kenyon, antes de su muerte el 23 de agosto de 1952, aceptó y dio la bienvenida a la lectura de los nuevos descubrimientos que adelantaban en un milenio la evidencia textual para las Escrituras hebreas. Incluso antes de que salieran a la luz las nuevas evidencias, Kenyon creía que el texto masorético del Antiguo Testamento era un reflejo fiel de lo que lo autores originales habían escrito; vivió lo suficiente para ver confirmada su creencia por un tipo de testimonio que difícilmente se hubiera creído posible.

Pero muchos estudiosos pensaban que los que le habían otorgado con tanta rapidez una fecha tan temprana a estos manuscritos se habían precipitado. Se levantaron voces escépticas, y la expresión de este escepticismo era algo lógico y racional. Se recordaron famosos casos de falsificación; algunos recordaron, por ejemplo, el caso de un anticuario de Jerusalén llamado Shapira, que en la década de 1880 pretendía haber descubierto una antigua copia del Libro de Deuteronomio, fechada alrededor de 900 a.C., y que intentó vendérsela al Museo Británico por un millón de libras. La pretensión de Shapira impresionó a algunas personas, hasta que fue sometido a un escrutinio implacable por un distinguido arqueólogo francés, Charles Simon Clermont-Ganneau, que demostró que Shapira había escrito personalmente la copia en los amplios márgenes recortados de los rollos de las sinagogas, imitando la escritura de la Piedra Moabita, que se acababa de descubrir. En otro campo de estudio, se recordó como en la década de 1920 la pretensión de un italiano de haber descubierto los escritos perdidos del historiador romano Livio pudo engañar durante algún tiempo a un eminente latinista inglés.

Semejantes pretensión exigían el más escéptico de los exámenes. Si eran falsas, cuanto antes se desenmascararan,

mejor. Si eran válidas, la validez quedaría más sólidamente establecida si habían superado las pruebas más severas. Existe un escepticismo genuino que san Pablo nos recomienda en las siguientes palabras: «Examinadlo todo; retened lo bueno» (1 Tesalonicenses 5:21). Y este escepticismo genuino que lo comprueba todo es un aliado de la fe verdadera, no un enemigo de la misma.

En los Estados Unidos, un distinguido académico judío, el Dr. Salomón Zeitlin de Filadelfia, ha sostenido durante años prácticamente todos los argumentos concebibles en contra de la antigüedad de los rollos en la *Jewish Quarterly Review*, de la que es el editor.⁷ (Es necesario añadir de inmediato que, con admirable imparcialidad, ha extendido la hospitalidad de sus páginas a los defensores de la antigüedad de los rollos.) Ningún estudioso inglés ha llegado al extremo del Dr. Zeitlin. Pero cuando se anunciaron por primera vez los descubrimientos, el profesor Godfrey R. Driver de Oxford jugó un papel muy saludable al exponer la debilidad de algunos argumentos aportados en apoyo de la antigüedad de los rollos, y pidiendo la prueba más incontrovertible para unas pretensiones que, según creía él, se habían planteado con demasiada ligereza.⁸ Se debían investigar con urgencia cuestiones como la forma del enrollado y la composición de la tinta para comprobar las conclusiones que habían anunciado los paleógrafos. Él no negaba una fecha tan temprana, pero creía que los que estaban de acuerdo con ella debían tener en cuenta otras posibilidades. Más recientemente ha afirmado que los rollos contienen el testimonio de un texto del Antiguo Testamento «que (sea cual sea la fecha que se le atribuya) es más antiguo por varios siglos a nuestro texto masorético.»⁹

⁷ En la actualidad ha reunido sus críticas en una monografía: *The Dead Sea Scrolls and Modern Scholarship* [Los rollos del mar Muerto y los estudiosos modernos] (1956).

⁸ Véase, por ejemplo, su conferencia *The Hebrew Scrolls* [Los rollos hebreos] (1950) ante los Friends of Dr. William's Library.

⁹ *Hibbert Journal*, octubre de 1955, p. 105.

Capítulo II

DESCUBRIMIENTOS POSTERIORES

La primera cueva

Evidentemente era de gran importancia que una comisión imparcial de investigadores, competentes para establecer las diversas líneas de prueba, pudiera visitar de inmediato la cueva donde se decía que se había encontrado los manuscritos. El Dr. Burrows explica¹⁰ como él y sus colegas de la American School intentaron concertar una visita en marzo de 1948, pero las gestiones no llegaron a buen puerto. Poco después estalló la guerra entre los estados árabes e Israel y una visita quedó totalmente fuera de lugar mientras duraran las hostilidades. Cuando finalmente se llegó a una tregua en los combates y la frontera entre las diferentes partes estuvo bajo el control de los observadores de las Naciones Unidas, la parte septentrional de la orilla occidental del mar Muerto quedó dentro del territorio del recién extendido reino hachemita de Jordania. Gracias a la ayuda de un oficial belga que se encontraba entre los observadores de las Naciones Unidas, el capitán Philippe Lippens, que estaba personalmente interesado en el descubrimiento de los rollos, fue posible que un grupo visitara e inspeccionara la cueva en febrero de 1949. El señor G. Lankester Harding, director de Antigüedades de Jordania, se hizo cargo de la excavación de la cueva, con la cooperación del padre Roland de Vaux, de la dominica *École Biblique*.

Inmediatamente quedó en evidencia que habían sido precedidos por otros investigadores, que pudieron acceder a la cueva en noviembre o diciembre de 1948, habilitando un acceso

¹⁰ En su libro, *The Dead Sea Scrolls [Los rollos del mar Muerto]* (1955), p. 6. En su momento este libro fue el resumen más completo, de mayor autoridad y más popular sobre el descubrimiento de los rollos.

a la mismo, a un nivel más bajo que por el cual había entrado inicialmente el pastor de cabras beduino, cavaron a través del suelo de la cueva y extrajeron los escombros a través de la nueva entrada. Esta excavación inexperta destruyó la mayor parte de las pruebas que la investigación oficial podría haber encontrado e interpretado. Uno de los investigadores extraoficiales dejó atrás una pista sobre su identidad en forma de una máquina para liar cigarrillos que llevaba su nombre; el señor Harding pudo devolvérsela más tarde y explicarle dónde la había perdido. Fue probablemente como resultado de esta excavación ilegal que el monasterio sirio pudo adquirir tres fragmentos del Libro de Daniel procedentes de dos rollos diferentes; uno de esos fragmentos contiene el pasaje de Daniel 2:4 donde el texto hebreo del libro da paso al arameo.

La excavación de la cueva por parte de los expertos fue llevada a cabo con el mayor de los cuidados; en consecuencia, fueron descubiertos varios cientos de fragmentos de cuero escrito y unos pocos fragmentos de papiro. La mayor parte de estos fragmentos eran tan pequeños y quebradizos que la excavación se tuvo que realizar con navajas, pinzas, brochitas pequeñas y los dedos, porque en caso contrario se habría provocado un daño irreparable. No se encontró ninguna tinaja intacta, pero había gran cantidad de fragmentos rotos y también numerosos trozos del lino en el que fueron envueltos los rollos antes de introducirlos en las tinajas.

El uso de tinajas para guardar los rollos era algo muy natural y extendido durante la Antigüedad. Existen ejemplos egipcios más antiguos de esta práctica y el Antiguo Testamento recoge como el profeta Jeremías, en vísperas del exilio babilónico, depositó las cartas de venta de un campo cercano a Jerusalén en una vasija de barro para que se pudiera conservar con seguridad hasta que el pueblo regresara del cautiverio (Jeremías 32:14). Una obra judía del siglo I titulada *La ascensión de Moisés* explica como Moisés entregó sus escritos a Josué con instrucciones de impregnarlos con aceite de cedro y depositarlos en tinajas de barro. (El aceite de cedro estaba destinado a preservar la piel o el cuero en el que se habían escrito las palabras; es posible que algunos de los rollos

de Qumrán fueran tratados de esta forma antes de envolverlos en lino.)

Los fragmentos recuperados en la cueva incluían trozos de otros libros bíblicos en hebreo: Génesis, Éxodo, Levítico, Deuteronomio, Jueces, Samuel, Isaías, Ezequiel y los Salmos. Los fragmentos de Isaías resultaron pertenecer al rollo deteriorado de dicho libro que conservaba la Universidad Hebrea desde noviembre de 1947. Los fragmentos de Deuteronomio estaban escritos en un alfabeto arcaico: el alfabeto «fenicio» o paleo-hebreo en que se escribía el hebreo en los primeros tiempos, antes de que las letras «cuadradas» que ahora asociamos con el hebreo, fueran utilizadas para escribir esta lengua. Con anterioridad, las letras cuadradas se habían utilizado para escribir arameo, pero hacia finales del siglo III a.C. también se solían usar para escribir en hebreo, desplazando los antiguos caracteres fenicios. ¿Significa esto que los fragmentos del Levítico pertenecen a un manuscrito escrito en la época en que la escritura fenicia era de uso común para escribir en hebreo? Algunos lo creen así; un estudio retrasa la fecha hasta 450 a.C. Pero en el caso de este manuscrito, posiblemente estamos tratando con una escritura literaria profesional y estandarizada que se siguió utilizando durante dos o tres siglos sin sufrir demasiados cambios. Aún así, estos fragmentos del Levítico presentan evidencias para que se los pueda considerar más antiguos que cualquiera de los demás documentos encontrados en la cueva.

También había fragmentos de obras no bíblicas: comentarios de Miqueas, Sofonías y los Salmos; obras apócrifas como el *Libro de los Jubileos*, el *Libro de Noé* y el *Testamento de Leví*; obras relacionadas con la vida y el culto de una comunidad religiosa; colecciones de himnos, y otros documentos por el estilo.

Al difundirse las noticias sobre estos descubrimientos, aumentó la excitación de los estudiosos y en ese momento se plantearon una amplia variedad de propuestas sobre la fecha, el origen, el significado y el propósito de los rollos. La situación actual de los descubrimientos y de la publicación de los documentos demuestra un alto grado de cooperación entre

musulmanes, judíos y cristianos de diversas tradiciones en una época en la que las enemistades raciales y religiosas se encuentran en plena ebullición en Palestina y en los territorios limítrofes. El profesor Sukenik, por ejemplo, mostró públicamente su agradecimiento a cristianos y musulmanes de Belén por la ayuda que le prestaron a él, un estudioso judío, para conservar con seguridad los rollos que había comprado para la Universidad Hebrea hacia finales de 1947. Desgraciadamente, un grado similar de cooperación amistosa (o al menos de tolerancia mutua) no resultó siempre evidente de parte de algunos de los estudiosos que se enzarzaron en lo que se llamó «La batalla de los rollos». Sin embargo, el polvo de esa batalla hace mucho tiempo que se ha disipado. A medida que se han ido realizando más y más descubrimientos y se han publicado sus resultados, se han vuelto cada vez más claras las líneas principales de las respuestas a cuestiones sobre la datación y la procedencia de los manuscritos.

Otras cuevas

Durante algún tiempo se supuso que la cueva en la que se habían realizado estos descubrimientos era la única caverna de este tipo en la zona. Pero los beduinos locales eran más optimistas. Los descubridores iniciales de los manuscritos no se habían dado cuenta de la importancia que le iba a dar a su hallazgo el mundo académico. Pero ahora sus compañeros de tribu, en su simpleza, consideraban que si se habían encontrado manuscritos en una cueva, debían existir más manuscritos que esperaban a ser descubiertos en otras cavernas que menudeaban a orillas del Wadi Qumran y de los cursos de agua cercanos. Así que empezaron a explorar a fondo la zona y en numerosas cuevas su diligencia se vio recompensada. Se difundió la noticia de que había más rollos a la venta y los precios que fijaban ahora los descubridores eran considerablemente más altos de lo que Muhammad adh-Dhib y sus compañeros habían recibido por el lote original. Con toda seguridad, esta empresa privada era ilegal, puesto que las antigüedades se debían entregar a las autoridades

gubernamentales. Pero en el caso de antigüedades tan frágiles como éstas, se debía tratar con diplomacia a los descubridores, para evitar que los preciosos documentos fueran vendidos a intermediarios o a turistas y quedaran dispersos, o en caso contrario perdidos o destruidos por un manejo descuidado o por quedar expuestos a la humedad. Instituciones académicas de todo el mundo fueron invitadas a cooperar en la adquisición de los manuscritos. Cuando las autoridades arqueológicas de Jordania caían sobre la pista de hallazgos recientes, recurrían a la buena voluntad y la ayuda cooperativa del beduino que se les había adelantado; y de esta forma fueron exploradas más cuevas y se realizaron más hallazgos. Unas diez cuevas en el Wadi Qumran contenían tesoros de este tipo. Estas cuevas fueron convenientemente designadas con números. La cueva en la que se realizó el descubrimiento original, naturalmente, se conoce como Cueva 1 —más abreviado 1Q, siendo Q la inicial de Qumrán— y las otras están numeradas como Cueva 2, Cueva 3 y así todas las demás.

En la Cueva 3 se realizó un descubrimiento único: rollos inscritos pero no de piel o papiro sino de cobre. Había dos rollos, pero uno de ellos consistía en dos tiras de cobre enrolladas juntas. Parecía como si originalmente estuvieran unidas extremo con extremo para formar una lámina de metal de unos dos metros y medio de largo por treinta centímetros de alto. Desde fuera estaba claro que contenían un texto, pero no fue fácil determinar qué decía. Los rollos no pudieron desenrollarse porque el cobre estaba completamente oxidado. Al final, a principio de 1956, fueron sometidos a un tratamiento experto en el Manchester College of Technology, bajo la dirección del profesor H. Wright Baker de la cátedra de ingeniería mecánica. Se introdujo un eje a través de los rollos; los rollos se cubrieron de pegamento, fueron calentados en un horno y cortados en tiras con una delgada sierra circular. Cada tira fue fotografiada mientras se cortaba y se retiró el polvo y los restos de la parte que quedaba en cada fase, mediante succión por vacío y un cepillo de dientes.

El texto que reveló consistía en alrededor de 3.000 letras, y la operación se había realizado con tanto cuidado y precisión

que no se perdió más del cinco por ciento del texto, y del resto sólo alrededor de un dos por ciento resultó ilegible.

El contenido de estos rollos fue anunciado simultáneamente en Manchester y Ammán el 31 de mayo de 1956. Contenían una colección de tradiciones sobre los escondites de sesenta tesoros: oro, plata, incienso y cosas por el estilo. Este tesoro, según la inscripción, estaba depositado en escondites tan distantes entre sí como el monte Gerizim y Hebrón (a unos ochenta kilómetros de distancia), pero la mayor parte de los escondites se encontraban en los alrededores de Jerusalén. Las ubicaciones exactas indicadas serían difíciles de identificar en la actualidad; tres ejemplos de las direcciones aparecen citadas en la primera parte como sigue:

... En la cisterna, que se encuentra bajo la muralla, en la parte oriental, en un lugar excavado en la roca: seiscientos lingotes de plata...

... Cerca de allí, bajo la esquina meridional del pórtico de la tumba de Zadok,¹¹ y bajo la pilastra en la exedra, una vasija de incienso en madera de pino y una vasija de incienso en madera de casia...

... En la fosa cercana hacia el norte, cerca de las tumbas, en un agujero abierto hacia el norte, allí se encuentra una copia de este libro, con explicaciones, medidas y todos los detalles...

Todo el material para una caza del tesoro perfecta, en especial si se localiza la segunda copia del documento. Se nos dice que el oro y la plata relacionados pesan cerca de las 200 toneladas; y algunos de los tesoros estaban enterrados de 4,5 a 5,5 metros de profundidad. Mala suerte si los romanos o algún aventurero posterior tropezó antes con este tesoro; peor aún, si algún esenio devoto simplemente apuntó las direcciones como una especie de broma práctica para la posteridad.¹² Las letras

¹¹ Una referencia interesante si tenemos en cuenta que los propietarios de los rollos se llamaban a sí mismo los hijos de Zadok.

¹² Una hipótesis es que el documento sea una recopilación de tradiciones

estaban punzadas con rapidez (con unos diez puntos por letra), y los rollos fueron enrollados con descuido por manos inexpertas. El lenguaje es lo que se conoce como hebreo misnaico (post-bíblico) coloquial; este es el texto más antiguo que se conoce en este tipo de hebreo.

Esto conduce a una teoría ampliamente defendida de que los rollos de cobre contenía una serie de reglas y regulaciones colgadas en la pared del cuartel general de la comunidad. Pero también hay que señalar que el anuncio en alguna medida confirma la opinión expresada con anterioridad por el profesor K.G. Kuhn de la universidad de Göttingen, que en 1953 examinó toda la escritura que era posible descifrar en el exterior escrita al revés en los rollos de cobre, y concluyó que contenían una relación de los tesoros de la comunidad y los lugares donde fueron escondidos cuando abandonaron el cuartel general.¹³

Entre todas estas cuevas la que contenía la mayor abundancia de tesoros literarios era la Cueva 4. Decenas de miles de fragmentos de manuscritos fueron recuperados en esta cueva. Estos fragmentos habían formado parte en su momento de alrededor de 330 libros diferentes. Noventa de estos libros formaban parte de la Biblia. Cada libro del Antiguo Testamento estaba representado entre ellos, excepto Ester; algunos libros del Antiguo Testamento estaban representados numerosas veces. En todas las cuevas de Qumrán se han identificado más de 400 libros momento, como una descripción de la Nueva Jerusalén; comentarios y paráfrasis, colecciones de himnos, y documentos con un compendio de las creencias y las prácticas de una comunidad religiosa. Una hipótesis de trabajo razonable era que podía diferentes, algunos de los cuales prácticamente intactos, pero la gran mayoría sobreviven sólo en fragmentos.

Junto con los libros de la Biblia, los hallazgos incluyen obras apócrifas, como los fragmentos hebreos y arameos del *Libro de Tobit* descubiertos en la Cueva 5; obras no canónicas, como el *Libro de los Jubileos*, el *Libro de Enoc*, el *Testamento de Leví*, y

(posiblemente legendarias) sobre tesoros enterrados.

¹³ Cf. su artículo «Les Rouleaux de Cuivre de Qumran» [«Los rollos de cobre de Qumrán»] en *Revue Biblique* 61 (1954), pp. 193 y ss.

otros más; numerosas obras desconocidas hasta ese ser la comunidad a la que habían pertenecido originalmente los libros, y que al menos una parte de los restos de la literatura descubierta podría proporcionar la clave para comprender los intereses especiales de dicha comunidad. La *Regla de la comunidad* encontrada en la Cueva 1, y representada también por fragmentos hallados en la Cueva 4, parece ofrecer una información especialmente completa sobre los ideales y la organización de la comunidad. No se tardó mucho en detectar afinidades entre dicha regla y otra antigua obra judía que se había descubierto unos cincuenta años antes. Esta obra, que se encuentra en dos manuscritos fragmentarios redactados entre los siglos X y XII d.C., fue localizada en la geniza de la sinagoga en el Viejo Cairo, junto con otros muchos documentos de fecha similar. Sin embargo, parece que comprende dos tratados —una *Admonición* y una selección de *Leyes*— creados a principios de la era cristiana en el seno de una comunidad judía que mantenía la tradición sacerdotal de los hijos de Zadok. Por esta razón se la describe con frecuencia como obra zadokita,¹⁴ y la comunidad en la que apareció ha recibido el nombre de comunidad de los zadokitas, o (por otras referencias en los fragmentos) los del Nuevo Pacto. Por eso era especialmente significativo que más fragmentos de la obra zadokita aparecieran en las cuevas de Qumrán. Estudios posteriores han llevado a la conclusión de que la comunidad a la que se referían los fragmentos zadokitas era idéntica a la descrita en la *Regla de la comunidad*.

Todos estos fragmentos de las cuevas debían ser sometidos a un largo y delicado proceso de limpieza, despliegue, alisado y colocación entre láminas de vidrio. La fotografía de infrarrojos saca a luz escritos que el ojo desnudo ya no puede discernir. La tarea de unir los fragmentos que originalmente pertenecían a un mismo libro no es nada fácil. Es menos difícil cuando el libro es bien conocido (un libro de la Biblia, por ejemplo); pero cuando el libro en cuestión es completamente desconocido

¹⁴ También recibe con frecuencia el nombre de documento de Damasco, por sus referencias al período de exilio en tierras de Damasco. Véase p. 121.

hasta el momento, la tarea no es nada envidiable. Es peor que intentar reconstruir un puzzle cuando la mayor parte de las piezas han desaparecido y piezas de otros puzzles se han mezclado con las restantes piezas.

Un equipo internacional de ocho especialistas está comprometido con esta tediosa pero fascinante tarea en el Museo Arqueológico Palestino, en una gran sala aislada para este propósito, que se conoce familiarmente como la «Rollería». Un informe completo de todos los fragmentos recuperados en la Cueva 1 (aparte de los siete documentos principales encontrados en 1947) ha sido publicado en el primer volumen de una serie titulada *Discoveries in the Judean Desert* [*Descubrimientos en el desierto de Judea*], editada por los padres D. Berthélemy y J.T. Milik (1955). Otros volúmenes (diez o más) seguirán en cuanto estén dispuestos para su publicación los diferentes grupos de materiales.

Capítulo III

FECHANDO LOS HALLAZGOS

Desde el primer anuncio de los descubrimientos ha existido una gran polémica sobre la datación de los manuscritos. No se puede considerar una situación negativa que se haya producido este debate. Cuando los temas en juego son tan importantes, sería muchísimo más lamentable que las opiniones incluso de los estudiosos más eminentes y competentes fueran aceptadas sin cuestionarlas. Por fortuna, en estos campos de estudio (como en otros), los estudiosos están raramente dispuestos a aceptar el dictamen de otro, en especial cuando dichos dictámenes son tan revolucionarios por su contenido y por sus implicaciones.

Pero en el ardor del debate, en algunos momentos ha aparecido la tendencia de confundir cuestiones que deberían permanecer separadas. Cuando hablamos de la fecha de los rollos nos deberíamos dar cuenta de que al menos están implicadas tres preguntas diferentes:

1. *¿Cuándo fueron escritas originalmente las obras representadas en los diversos manuscritos?*
2. *¿Cuándo fueron copiados los manuscritos mismos?*
3. *¿Cuándo fueron depositados los manuscritos en las cuevas?*

La primera y la segunda pregunta sólo coinciden cuando se trata de un autógrafo, el manuscrito originalmente redactado por el propio autor o por alguna otra persona bajo su dictado. Por ejemplo, si (haciendo un gran esfuerzo de imaginación) algún día saliera a la luz la versión original de los primeros oráculos del profeta Isaías, que él selló y entregó a sus discípulos para que los guardasen en lugar seguro, de acuerdo con Isaías 8:16, la fecha del manuscrito sería idéntica a la de la

versión original: 734 a.C. Pero, en realidad, no tenemos ningún manuscrito de ninguna de las profecías de Isaías que se remonte a una fecha tan lejana. El manuscrito más antiguo de sus profecías que ha llegado hasta nosotros es el rollo completo del Libro de Isaías encontrado en la Cueva 1 de Qumrán, y si se le puede datar (como parece probable) en el siglo II a.C., entonces lo separan cerca de seiscientos años de la versión original que Isaías escribió o dictó. En la situación actual, las respuestas a las preguntas 1 y 2 son bastante diferentes.

1. *¿Cuándo fueron escritas originalmente las obras representadas en los diversos manuscritos?*

Ésta es una pregunta que se debe contestar, en primer lugar, con un atento estudio de los contenidos de cada obra (es decir, mediante la evidencia interna), y en segundo lugar a través de la consideración de cualquier alusión que se pueda haber realizado sobre la obra en cuestión en otros documentos que sea posible fechar independientemente (es decir, mediante la evidencia externa). Esta es la línea de aproximación que se suele conocer como «alta crítica», una rama de estudio que en ningún caso está confinada a la literatura bíblica.

En lo que respecta a los escritos bíblicos encontrados en Qumrán, ya disponemos de amplias evidencias internas y externas para llegar a conclusiones sobre su fecha y autoría. Los nuevos descubrimientos no añaden prácticamente nada a lo que ya sabemos sobre este tema. Pero nuestras evidencias son mucho más escasas para muchas de las obras no bíblicas que han salido a la luz.

Un buen ejemplo de este planteamiento lo proporciona un manuscrito que combina un texto bíblico con algo más. El comentario al Libro de Habacuc descubierto en la Cueva 1 contiene el texto hebreo de una parte de dicho libro junto con un comentario sobre el texto. Obviamente el texto hebreo de Habacuc debe ser de fecha anterior al comentario que lo acompaña. La evidencia interna y externa para la fecha de uno

debe ser bastante diferente a las evidencias sobre la fecha del otro.

El Libro de Habacuc que conocemos en la actualidad está formado por dos composiciones. Una de ellas, contenida en los capítulos 1 y 2, se titula «La profecía de Dios que vio Habacuc»; la otra, contenida en el capítulo 3, se titula «Oración del profeta Habacuc sobre Sigionot», y es en realidad un salmo completo. El manuscrito de Qumrán sólo tiene el texto de los dos primeros capítulos, con un comentario completo, y por el estado del manuscrito queda claro que nunca contuvo el texto del tercer capítulo. Probablemente la *Profecía de Habacuc* y el *Salmo de Habacuc* se consideraban dos obras distintas.

La evidencia interna de los dos primeros capítulos de Habacuc sugiere que fueron redactados en algún lugar de la tierra de Judá alrededor del año 600 a.C. El autor lamenta la opresión que ve a manos de todos, y se pregunta por qué Dios no interviene para defender a los justos contra los gobernantes de su nación que pervierten la justicia. Se le dice que un juicio está a punto de caer sobre estos gobernantes injustos; los caldeos invadirán el país y los barrerán de su nefasta preeminencia. Más tarde, el profeta se queja de que los caldeos son aún más opresivos que los gobernantes judíos que cayeron ante ellos, y recibe la seguridad de que Dios cumplirá Su propósito y vindicará a Sus justos a Su propio tiempo. Como sabemos que los caldeos se convirtieron en un poder reconocido en Judá y en las tierras vecinas en 605 a.C. y que ocuparon Jerusalén en 597 a.C. y la destruyeron en 587 a.C., es fácil llegar a la conclusión que las diversas partes de estos dos primeros capítulos de Habacuc se pueden fechar en el transcurso de esos años. El título de estos dos capítulos —«La profecía de Dios que vio Habacuc»— da el nombre del profeta.

En cuanto a las evidencias externas, la más antigua que tenemos es una afirmación en la Septuaginta, en el prefacio a la leyenda de Bel y el dragón (uno de los añadidos apócrifos a Daniel), que menciona la profecía de Habacuc y lo describe como «Habacuc el hijo de Josué de la tribu de Leví». La tradición de que era un levita puede ser cierta, pero el papel que juega en la historia de Bel y el dragón es tan ahistórica

como el resto del relato. En consecuencia, todo lo que indica esta evidencia externa es que alrededor del año 100 a.C. (la fecha aproximada de la versión griega de Bel y el dragón) el profeta Habacuc y su profecía eran bien conocidos y se creía que pertenecían a la época del exilio babilónico.

Por supuesto que la evidencia interna y externa sobre la fecha de la profecía de Habacuc no tiene ninguna relación directa con los rollos del mar Muerto; la hemos planteado aquí simplemente para ilustrar cómo se pueden reconocer y utilizar dichas evidencias. Lo que nos preocupa directamente es la evidencia sobre el comentario que acompaña al texto de la profecía de Habacuc en el manuscrito que estamos considerando.

Este comentario, en sí mismo, es una evidencia «externa» de la existencia de la profecía de Habacuc en el momento en que fue escrito el comentario; también muestra con claridad que en esa época la profecía de Habacuc era venerada como un texto sagrado. ¿Pero cómo vamos a descubrir el momento en que fue escrito el comentario? Si podemos determinar la fecha en que fueron depositados los rollos en la Cueva 1 de Qumrán y si, además, podemos determinar la fecha en que fue copiado este rollo en particular, sabremos que la composición del comentario no pudo ser posterior a esas fechas. Más allá de esto no parece que haya ninguna evidencia externa directa que nos permita datar la composición del comentario. Pero, en cualquier caso, habrá que considerar primero las evidencias internas. ¿Qué nos dicen las evidencias internas del comentario?

Una cosa queda clara: el comentarista cree que la profecía que está intentando interpretar se está cumpliendo en su propia época, y describe personas y acontecimientos de su propia época para demostrar que Habacuc en realidad los está profetizando. Desgraciadamente para nosotros, describe a esas personas y acontecimientos contemporáneos en un estilo tan alusivo que los estudiosos no se consiguen poner de acuerdo sobre sus identidades. ¿Podemos identificarlos con personas y acontecimientos que ya conocemos de la historia?

Habacuc había hablado del surgimiento de los caldeos y de su expansión conquistadora; acontecimientos que tuvieron

lugar durante su vida. Pero el comentarista no cree que Habacuc estuviera hablando realmente de los caldeos y de su imperio; en realidad sostiene que Habacuc estaba describiendo por adelantado a los conquistadores imperiales de su propia época. Habacuc *decía* los «caldeos», pero en realidad *se refería* a los «kitti'im», un pueblo que, en el momento en que escribía el comentarista, había llegado desde el otro lado del mar y estaba imponiendo su yugo sobre todas las tierras. Entonces, la cuestión es: ¿quiénes eran esto «kitti'im»? ¿El pueblo de «Kittim»? En su origen, el término Kittim designa a la isla de Chipre (o más concretamente a los asentamientos fenicios alrededor de Kition, la moderna Lárnaca); pero de una forma más general se refiere a las islas y las costas griegas del Mediterráneo oriental. En el Libro de Daniel se utiliza para designar a los romanos (Daniel 11:30), posiblemente porque el incidente en el que se los menciona se consideraba como el cumplimiento de un antiguo oráculo de Balaam en el que se mencionan los barcos de Kittim (Números 24:24).

Si se busca a un conquistador imperial de las tierras del Mediterráneo para satisfacer la descripción de los kitti'im por parte del comentarista, podríamos pensar en Alejandro Magno y sus sucesores o en los romanos. La sugerencia de un estudioso de que se les debería identificar con los cruzados de los siglos XI y XII d.C., está totalmente fuera de lugar por el contenido del comentario, así como por todo lo que podemos descubrir sobre la edad del manuscrito y de la época en la que fue depositado en la cueva junto con todos los demás.

Si consideramos a Alejandro y a sus sucesores como los kitti'im del texto, entonces la referencia probablemente debe señalar en particular a Antioco IV (175-163 a.C.), que intentó suprimir la religión y las costumbres ancestrales de la nación judía, y provocó el levantamiento patriótico de Judas Macabeo y su familia, que podemos encontrar en los Libros de los Macabeos.¹⁵ Pero algunas razones que plantearemos más

¹⁵ La formulación y defensa más documentada de esta identificación de los kitti'im la presenta el profesor H.H. Rowley en *The Zadokite Fragments and the Dead Sea Scrolls* [*Los fragmentos zadokitas y los rollos del mar Muerto*]

tarde¹⁶ nos hacen pensar que el comentario refleja las condiciones del siglo siguiente, y que los kitti'im son los romanos; en ese caso, el comentario fue redactado poco antes de la ocupación de Judea y Jerusalén tiende a variar en nuestros propios países de generación en generación. Nuestros abuelos utilizaban un estilo de escritura diferente al nuestro, y, todo hay que decirlo, un estilo que era mucho más legible y agradable a la vista que el nuestro. De la misma forma, en las épocas más remotas los estilos de escritura también variaban de una generación a la siguiente y de un país al otro. Esto significa que la fecha de un manuscrito se puede determinar, dentro de unos límites razonables, por las características de la escritura que muestra. La paleografía griega y latina se ha estado estudiando durante tanto tiempo y tiene tal abundancia de materiales con los que trabajar, que se ha convertido casi en una ciencia exacta. Los paleógrafos clásicos están habitualmente de acuerdo con la datación de los manuscritos griegos y por el general romano Pompeyo en 63 a.C.¹⁷

2. ¿Cuándo fueron copiados los manuscritos mismos?

Existe un campo de estudio que es de gran ayuda para determinar cuándo fue escrito un manuscrito en particular. Se trata de la ciencia conocida como paleografía: el estudio de la antigua escritura a mano. Sabemos cómo en épocas más recientes el estilo de la escritura a mano latinos desde los últimos siglos antes de Cristo hasta la invención de la imprenta en el siglo XV d.C. y en épocas posteriores.

La paleografía hebrea y aramea se encuentra en desventaja en comparación con la paleografía griega y latina porque no

(1952).

¹⁶ Véase pp. 78 y ss.

¹⁷ En el comentario de Nahum, mencionado en la página 108, se menciona un intervalo de tiempo «de Antioco hasta la aparición de los soberanos de los kitti'im»; esto apoya la identificación de los kitti'im con los romanos más que con los seguidores de Antioco.

tiene tantos materiales con los que trabajar en lo que se refiere a la era pre-cristiana y a los primeros siglos después de Cristo. A pesar de eso, en principio, es una ciencia tan exacta como las otras ramas de la paleografía. Y vale la pena señalar que los estudiosos que han examinado los manuscritos del mar Muerto sobre la base de la paleografía están de acuerdo en otorgarles una datación temprana, es decir, una fecha en los últimos siglos antes de Cristo y los primeros años después de Cristo. Los académicos que han defendido una fecha considerablemente más tardía no son paleógrafos; algunos de ellos incluso han llegado al extremo de rechazar las pruebas paleográficas como si no tuvieran ningún valor; un extraño ejemplo de oscurantismo procedente de un flanco inesperado.

Fueron las pruebas paleográficas las que convencieron desde el principio a Sukenik y a Albright de la antigüedad de los rollos, y las evidencias paleográficas siguen suministrando la prueba principal de su antigüedad, aunque, como veremos más adelante, existen pruebas de otro tipo que las corroboran.

De hecho, las evidencias paleográficas sólo se pueden rechazar si se demuestra que los rollos fueron fabricados en una época posterior, y se escribió deliberadamente en un estilo arcaico para engañar a los lectores y se hubieran colocado para ser «descubiertos» como el cráneo de Piltdown,* en el momento oportuno. En el pasado se habían producido falsificaciones de este tipo. Pero habían sido detectadas y denunciadas con bastante rapidez, en cuanto eran sometidas a un experto en el tema, como Clermont-Ganneau, que descubrió el fraude de Shapira, o Tischendorf, que destapó las falsificaciones de Simonides.¹⁸ Pero nunca antes unos manuscritos antiguos

* Uno de los fraudes más famosos de la paleoantropología, porque se creyó durante cuarenta y cinco años que los restos fósiles encontrados en 1912 en la localidad inglesa de Piltdown correspondían al «eslabón perdido» de la evolución humana. En 1953 se destapó el fraude al descubrir que los restos pertenecían a un homo sapiens, un orangután y un mono, convenientemente tratados para parecer más antiguos. (*N. del T.*)

¹⁸ Hace unos cien años, Constantine Simonides produjo una serie de falsificaciones, entre ellas numerosos fragmentos del Nuevo Testamento,

habían sido analizados con tanto escepticismo, o sometidos a un examen más riguroso, que estos documentos de Qumrán. Todas las circunstancias de su hallazgo descartaban la posibilidad de un fraude deliberado; el beduino que había estado pidiendo un precio tan inflado por sus descubrimientos no era el tipo de persona que pudiese fabricar los fragmentos que le estaban proporcionando tantos ingresos; y las bibliotecas universitarias y otras instituciones académicas no son muy dadas a pagar grandes cantidades de dinero por sus adquisiciones si no están completamente convencidas de su valor. El Dr. H.J. Plenderleith, conservador del laboratorio de investigación en el Museo Británico, hablando de algunos de los fragmentos de la Cueva 1 que le habían enviado para un tratamiento especial, decía que «veinticinco años de experiencia en el tratamiento de antigüedades lo habían convencido desde el principio que los materiales eran genuinos, una convicción que, con posterioridad, se vio totalmente justificada cuando los fragmentos fueron sometidos a un examen científico.»¹⁹

Entre los paleógrafos semíticos en Gran Bretaña, el Dr. S.A. Birnbaum, de la London School of Oriental and African Studies, ocupa el puesto más destacado. Ha publicado los materiales en los que se basa la ciencia de la paleografía hebrea en una gran obra titulada *The Hebrew Scripts [Las escrituras hebreas]*. Su veredicto sobre la fecha de los primeros rollos publicados apareció en un valioso estudio en *The Qumrán (Dead Sea) Scrolls and Paleography [Los rollos de Qumrán (del mar Muerto) y la paleografía]* (1952); en él sostiene que el rollo de Habacuc fue copiado entre el 100 y el 50 a.C.; la *Regla de la comunidad* entre el 125 y el 100 a.C., y el rollo completo de Isaías (Isaías A) entre 175 y 150 a.C. La mayor antigüedad del rollo de Isaías frente a sus compañeros también queda demostrada por señales de desgaste; se ve con claridad que fue utilizado durante bastante tiempo antes de ser depositado con los otros en la cueva. El Dr. J.C. Trever, que acepta la datación relativa de los rollos por parte del Dr. Birnbaum, fecha cada uno de

supuestamente del siglo I d.C.

¹⁹ *Journal of Transactions of the Victoria Institute*, 82 (1950), p. 146.

ellos algunas décadas más recientes: Isaías A entre 125 y 100 a.C., el rollo de la *Regla* alrededor de 75 a.C., el rollo de Habacuc (y el cuarto rollo adquirido por el monasterio sirio) entre 25 a.C. y 25 d.C.

La tendencia más reciente parece favorecer estas fechas más cercanas frente a las más antiguas sugeridas por el Dr. Birnbaum. Pero la abundancia de material manuscrito que han proporcionado las cuevas exploradas a partir de 1952 han permitido que el estudio de la paleografía hebrea avanzase más allá de cualquier expectativa. Ahora se puede realizar una distinción clara entre el desarrollo de una escritura formal para libros y una escritura cursiva más informal para el uso cotidiano. La escritura formal se utilizaba preferentemente para los manuscritos bíblicos; la cursiva se utilizaba de forma habitual para los documentos comunitarios y las obras en arameo. Todas las fases de la evolución de estas dos escrituras están presentes en las cuevas de Qumrán desde el siglo III a.C. hasta el siglo I d.C. La más antigua escritura fenicia (paleo-hebrea) también parece que sobrevivió en uso para ciertos propósitos durante más tiempo del que se había creído con anterioridad, y se debió utilizar en paralelo a las variantes formal y cursiva de la escritura cuadrada.

Otras evidencias de otra larga etapa en la evolución de la escritura cuadrada han surgido de otro manuscrito importante encontrado en Wadi Murabba'at, a unos veinte kilómetros al sur de Wadi Qumran, del que hablaremos mucho más en un capítulo posterior; algunas de estos últimos documentos, a diferencia de los de Qumrán, llevan fechas explícitas (del siglo II d.C.) y con ello proporcionan un criterio fiable para fijar una cronología de su fase evolutiva.

Se han planteado cuestiones sobre la composición de la tinta y el marcaje de los rollos con líneas de guía (horizontalmente para mantener las líneas de escritura rectas, y en vertical para mantener los bordes de las columnas rectos). ¿El estudio de estos aspectos arroja alguna luz sobre la fecha de los manuscritos?

En una carta a *The Times* del 22 de septiembre de 1949, el profesor G.R. Driver, sugería que un análisis de la tinta podría

proporcionar información sobre su fecha. ¿Se trata de una tinta metálica o no? «Si es metálica, lo más probable es que sea posterior a la Misná (ca. 200 d.C.);²⁰ pero si no es metálica, podría ser anterior, aún en el caso de que la prueba no sea concluyente, puesto que la tinta no metálica pudo seguir en uso junto a la tinta metálica durante bastantes siglos.» El análisis, cuando se llevó a cabo, fue bastante concluyente desde el punto de vista químico. En la tinta no estaba presente ningún metal; sólo se utilizó carbón. Pero esto sólo significa, como señaló el Dr. Plenderleith, «que la naturaleza de la tinta no se puede considerar una evidencia vital para la tarea de datación.»²¹ De manera que no excluye las fechas asignados a los rollos por los paleógrafos.

Tampoco el marcaje del material escrito nos proporciona más indicaciones positivas. El uso de líneas de guía para mantener recta la escritura es de gran antigüedad. Se han encontrado papiros marcados del siglo I d.C. e incluso anteriores. Y si resultaba necesario marcar los papiros, cuyas fibras son habitualmente lo suficientemente rectas y paralelas para servir como líneas de guía naturales, cuanto más no sería necesario marcar la tersa superficie de una piel que había sido preparado para recibir la escritura.

La composición de la tinta y la naturaleza del marcaje, parecer ser que ni confirman ni contradicen las conclusiones paleográficas. Dichas conclusiones apuntan de forma clara y definitiva hacia los dos o tres últimos siglos del Segundo Templo (un período que finaliza en 70 d.C.) como la época en que fueron copiados los manuscritos.

²⁰ Pero el Dr. Birnbaum dice que había rastros de hierro en la tinta utilizada para las Cartas de Laquis en 588 a.C.

²¹ *Journal of Transactions of the Victoria Institute*, 82 (1950), p. 146.

3. ¿Cuándo fueron depositados los manuscritos en las cuevas?

Parece que los manuscritos encontrados en las cuevas de Qumrán son representantes de una gran biblioteca que fue trasladada desde su ubicación habitual a causa de la aproximación de algún peligro. Pero esta suposición no nos ayuda mucho en nuestro propósito de descubrir *cuándo* fue trasladada la biblioteca, porque la historia recoge muchísimas situaciones de peligro en esa parte del mundo. «Palestina ha tenido una historia larga y convulsa» dice el profesor Driver, «y los fugitivos que escondieron estos rollos en las cuevas cerca de Jericó podrían estar huyendo no de la persecución que puso en marcha Antioco Epifanes (165 a.C.) ni de las invasiones de los romanos (63 a.C., 70 d.C. y 135 d.C.) ni siquiera de las de los persas (614 d.C.) o de los árabes (637 d.C.) sino quizá de algún tumulto local provocado por odios raciales o religiosos del que no ha quedado ningún registro en la historia.»²²

Pero existen algunas series de pruebas que nos permiten elegir hasta cierto entre todas estas posibilidades. Cuando los rollos fueron depositados estaban envueltos en lino e introducidos en tinajas de barro. ¿Se puede llegar a alguna conclusión a partir del examen del lino y de la cerámica?

En primer lugar, el lino. Desde hace muy poco se ha descubierto un nuevo método para fechar materiales orgánicos a partir de su contenido en radiocarbono: el procedimiento se conoce como el método del «carbono 14». Este método, que aún se encuentra en su fase experimental, se utiliza para determinar hace cuánto tiempo cesó de «vivir» la sustancia orgánica. Un resumen sencillo del principio implicado lo ofrece Sir Mortimer Wheeler en su libro *Archaeology from the Earth [Arqueología desde la tierra]* (1956), pp. 50 y ss. El lino es, por supuesto, un material orgánico, y la aplicación del método del

²² *The Hebrew Scrolls [Los rollos hebreos]*, p. 50. La cueva mencionada es la Cueva 1.

carbono 14 a un trozo de lino mostrará la fecha aproximada en que fue cortada la planta. En 1950 unos cien gramos del lino en el que estaban envueltos los rollos fue sometido a esta nueva técnica en el Instituto de Estudios Nucleares de la universidad de Chicago. El 9 de enero de 1951, el profesor W.F. Lobby, que había dirigido la prueba, informó que la fecha en que murió el organismo, es decir, el momento en que dejó de crecer el tallo del que estaba compuesto el lino, se remontaba a 33 d.C., con un margen de 200 años antes o después. Naturalmente, el lino fue tejido poco después de cortar la planta. No era necesario que el lino fuera demasiado nuevo cuando los rollos fueron envueltos en él, pero tampoco sería extremadamente viejo. Además, es posible que los rollos se conservasen en estos envoltorios de lino antes de que fueran depositados en las cuevas. Pero los resultados de la prueba del carbono 14, para lo que nos interesa, encajan bastante bien en la imagen general que se está construyendo poco a poco a partir de otros tipos de pruebas.

¿Qué ocurre con las tinajas encontradas en las cuevas? Los artículos de cerámica que tenían un uso cotidiano y no ornamental no disfrutaban en la antigüedad de una vida mucho más larga que en nuestros días. Por eso, si los rollos fueron depositados en los recipientes en el momento de ser introducidos en las cuevas, no debemos esperar que la edad de los mismos sea muy anterior al momento del depósito. El valor de la cerámica para establecer una cronología ha obtenido cada vez más reconocimiento a lo largo de los últimos setenta años, siendo Sir Flinders Petrie el primer arqueólogo que supo captar todo su significado. Los estilos de la cerámica cambian con sorprendente rapidez a intervalos irregulares, pero dentro de estos intervalos tienen la tendencia a persistir con pequeñas variaciones en áreas geográficas muy amplias. Y como los recipientes de arcilla son por lo general los artículos más comunes fabricados por manos humanas, las capas de asentamiento humano en yacimientos antiguos se pueden datar con una precisión aceptable a través del estudio de las inmensas cantidades de fragmentos encontrados en las capas sucesivas. A falta de inscripciones que expresen una fecha,

existen pocos criterios que se puedan utilizar con tanta fiabilidad para la datación arqueológica como el análisis de la cerámica. Las tinajas encontradas con los manuscritos de Qumrán son de un tipo poco habitual; no resulta sorprendente, porque por su forma parece que fueron manufacturados especialmente para contener los rollos. Son de forma cilíndrica, de unos sesenta centímetros de alto y un diámetro de unos veinticinco centímetros, y disponen de un cuenco invertido que sirve de tapa. En algunos casos la descomposición de los bordes del rollo más cercano a la apertura de su tinaja formó una sustancia parecida a la brea que acabó sellando el recipiente; esto explica porque los rollos de las pocas tinajas intactas estaban preservados en tan buenas condiciones, mientras que la mayoría se desintegraron lentamente a lo largo de los siglos a causa de la exposición al aire, la humedad y la intervención de diversos animales pequeños.

Pero si el tipo de recipientes en las cuevas no tienen un paralelo en el menaje doméstico ordinario, la textura de la cerámica resulta característica del período romano inicial.

Los restos de lámparas de arcilla encontrados en la Cueva 1 representan tipos que se consideran característicos, en parte, de la última etapa del período helenístico y, en parte, de la primera etapa romana.

Sin embargo, un resultado más definitivo lo proporciona una tinaja que es exactamente del mismo tipo que las utilizadas para conservar los rollos, que fue descubierta en un yacimiento cercano a las cuevas y asociada con otros objetos que se pudieron fechar con total precisión. Este yacimiento era el cuartel general de la comunidad a la que pertenecían los manuscritos, y ahora tenemos que volver nuestra atención hacia allí.